

que el obispo le miraba fijamente ; que en adelante el alcalde Magdalena con todas sus virtudes le sería abominable, mientras que el galeote Juan Valjean sería admirable y puro en su presencia. Que los hombres veían su careta, pero que el obispo veía su cara. Que los hombres veían su vida, pero el obispo veía su conciencia. Era preciso pues ir á Arras, libertar al supuesto Juan Valjean y denunciar al verdadero ! ¡ Oh ! este era el mayor de los sacrificios, la más punzante de las victorias, el último paso que había ya que dar ; pero era indispensable. Destino doloroso, ¡ no poder entrar en la santidad á los ojos de Dios, sino volviendo á entrar en la infamia á los ojos de los hombres !

— Pues bien, dijo, ¡ tomemos este partido ! cumplamos con nuestro deber. ¡ Salvemos á aquel hombre !

Pronunció estas palabras en alta voz, sin apercibirse de que hablaba en términos que pudiera ser oído.

Tomó sus libros de comercio, los examinó y los puso en orden. Echó al fuego un lio de créditos que tenía contra varios pequeños industriales y comerciantes pobres. Escribió una carta, que selló, y en cuyo sobre habría podido leerse, si hubiera habido alguien en su habitación en aquel instante : *Á M. Laffitte, banquero, calle de Artois, Paris.*

Sacó de una gaveta una cartera que contenía algunos billetes de banco y el pasaporte que le había servido aquel mismo año para ir á las elecciones.

Quien le hubiera visto mientras que daba cumplimiento á todos estos diversos actos, en los cuales se mezclaba una meditación tan grave, no habría podido sospechar siquiera lo que en él pasaba. Sólo por momentos se movían un poco sus labios ; en otros instantes, levantaba la cabeza y fijaba la vista en un punto cualquiera de la pared, precisamente como si hubiera allí alguna cosa que él quisiera aclarar ó interrogar.

Concluida la carta á M. Laffitte, se la metió en el bolsillo,

como también la cartera y volvió á pasear por el cuarto.

Su idea permanecía fija. Continuaba viendo claramente su deber escrito en letras luminosas que brillaban ante sus ojos mudando de lugar y siguiendo siempre la dirección de sus miradas : — ¡ *Ve ! declina tu nombre ! denuncia !*

Veía del mismo modo, y como si ellas se moviesen también ante él con formas sensibles, las dos ideas que habían constituido hasta entonces la doble norma de su vida : ocultar su nombre, santificar su alma. Por primera vez le aparecían absolutamente distintas, notando él bien la diferencia que las separaba. Reconocía que una de estas ideas era necesariamente buena, mientras que la otra podía llegar á ser mala ; que aquella era la abnegación, y esta la personalidad ; que la una decía : *el prójimo*, y la otra decía : *yo* ; que la una venía de la luz y la otra venía de la noche.

Estas ideas se combatían ; y él veía este combate. Según que iba soñando, se habían ellas engrandecido ante los ojos de su entendimiento ; ahora ya presentaban estaturas colosales ; y parecía que veía luchar en su interior, en ese infinito de que hablamos hace poco, en medio de las oscuridades y de los débiles resplandores, una diosa y un gigante.

Llenábase esto de espanto, pero le parecía que el buen pensamiento prevalecería al fin.

Conocía que tocaba al otro momento decisivo de su conciencia y de su destino ; que el obispo había marcado la primera fase de su nueva vida, y que este Champmathieu marcaba la segunda. Después de la grande crisis, la grande prueba.

Entre tanto la fiebre, calmada un instante, le volvía poco a poco. Asaltábanle mil pensamientos, pero que continuaban fortificando en su resolución.

Habiase dicho un momento : — Que tal vez tomaba él

este asunto con demasiado ardor; que, á pesar de todo, aquel Champmathieu no era una persona que inspirase interes, y que al cabo, habia robado.

Pero se respondió; — Si ese hombre ha robado, en efecto, algunas manzanas, es cosa de un mes de cárcel. De esto á galeras hay una distancia inmensa. ¿ Y áun quién sabe? ¿ habia robado? ¿ hay pruebas de ello? el nombre de Juan Valjean le agobia y oprime, pareciendo que él por sí debe dispensar de toda prueba. ¿ No obran así habitualmente los procuradores del rey? Le creen ladrón, porque le creen presidiario.

En otro instante le avino esta idea: que cuando se hubiera él denunciado, tal vez se tendria en consideracion el heroísmo de este acto, y su vida ejemplar durante siete años, como lo mucho que habia hecho por el país, y que sería agraciado.

Pero esta suposicion se desvaneció muy pronto, y sonrió amargamente al pensar que el robo de los cuarenta sueldos á Gervasito le hacia reincidente; que este robo no podria ménos de figurar en el proceso, y que conforme á los términos precisos de la ley, le infligiria la pena de cadena perpétua.

Apartó los ojos de toda ilusion, se desprendió cada vez más y más de la tierra y buscó el consuelo y la fuerza en otra parte. Dijose que, ante todo y sobre todo, era preciso hacer su deber, que tal vez no sería más desgraciado despues de haber hecho su deber que despues de haberle eludido; que si dejaba obrar y marchar los sucesos, si se quedaba en M. su consideracion, su buena fama, sus buenas obras, la deferencia, la veneracion, su caridad, su riqueza, su popularidad, su virtud, serian sazonadas con un crimen; ¿ y qué gusto tendrian todas estas cosas santas unidas á esa otra cosa horrenda? mientras que, si él consumaba su sacrificio, en el presidio, en el poste, en la argolla, con

el gorro verde, en el trabajo sin tregua, en la vergüenza sin piedad, una idea celestial se mezclaria á todos los actos de su nueva vida!

Por último, dijose que era absolutamente necesario, que su destino así lo exigia, que no le era dado á él cambiar las disposiciones del Altísimo, que en todo caso, era preciso escoger: ó la virtud por fuera y la abominacion por dentro, ó la santidad por dentro y la infamia por fuera.

Al remover tantas ideas lúgubres, su valor no desfallecía, pero su cerebro se fatigaba; y á pesar suyo, comenzaba á pensar en otros asuntos, en cosas indiferentes.

Sus arterias latian con violencia en sus sienés. No cesaba de dar paseos por el cuarto. Las doce de la noche dieron, primero en la parroquia, y despues en las casas consistoriales. Contó las doce campanadas en cada reloj y comparó el sonido de las dos campanas. Con tal motivo, recordó que, pocos dias ántes, habia él visto en casa de un mercader de hierro viejo una antigua campana que se hallaba allí de venta, en la cual estaba inscrito este nombre: *Antonio Albino de Romainville*.

Tenia frio, y encendió un poco de lumbre; pero no pensó en cerrar la ventana.

Entre tanto, habia vuelto á caer en su estupor. Fuele necesario hacer un esfuerzo bastante grande para recordar en qué pensaba él ántes que dieran las doce. Lo consiguió al fin.

— ¡ Ah! sí, se dijo, habia optado por la resolucion de delatarme.

Y en seguida pensó en la Fantina.

— ¡ Toma! dijo, ¡ y esa pobre mujer!

Áquí se declaró una nueva crisis.

Fantina aparecía bruscamente en su delirio, y fué como el rayo de una luz inesperada. Parecióle que todo cambiaba de aspecto en derredor suyo, y exclamó:

— ¡ Ah ! sí, pero, hasta aquí, yo no he considerado sino sólo mi persona ! ¡ no he calculado sino lo que podrá convenirme ! Me conviene callar, ó me conviene denunciarme ; — ocultar mi persona ó salvar mi alma, ser un magistrado despreciable y respetado, ó un galeote infamado y venerable ; ¡ esto es yo, siempre yo, y nada más que yo ! ¡ Pero, Dios mio. todo esto no es más que puro egoísmo ! ¡ Son formas diversas del egoísmo, pero es egoísmo ! ¿ Y si yo pensara también algo en los demás ? La primera santidad consiste en pensar en el prójimo. ¡ Á ver, examinemos ! ¿ Una vez suprimido yo, borrado, olvidado, qué vendría á ser de todo esto ? — ¿ Si me denunció, me prenden, sueltan á Champmathieu, y me reconducen al presidio ; está bien, ¿ pero y despues ? ¿ Que va á pasar aquí ? ¡ Ah ! aquí, hay un país, una poblacion, fábricas, una industria, obreros, hombres, mujeres, abuelos ancianos, niños, pobres gentes ! Yo soy quien ha creado todo esto, yo hago vivir todo esto ; doquiera que se ve una chimenea humeando, yo soy quien ha puesto el tizon en la lumbre y la carne en la marmita ; yo he creado el bienestar y la abundancia, la circulacion, el crédito ; ántes que yo viniera, nada de esto existia ; yo he levantado, vivificado, animado, fecundado, estimulado, enriquecido á todo el país ; en mi ausencia, faltará el alma ; si yo me suprimo aquí, todo muere. — Y esa mujer que ha sufrido tanto, que tantos méritos tiene en medio de su prevaricacion, y cuya desgracia ha sido obra mia, sin quererlo yo ! Y esa niña que pensaba ir á buscar yo mismo, y que he prometido á su madre ! Es que no debo yo también algo á esa mujer, en reparacion del mal que la he causado ? Si desaparezco, ¿ va á suceder ? La madre morirá. La niña vendrá á ser lo que pudiere. Hé aquí lo que pasará, si me delato. — ¿ Y si no me delato ? Vamos á ver, si no me delato ?

Despues de haberse dirigido esta pregunta, se detuvo :

siguióse un momento de hesitacion y de temblor ; pero este momento duró muy poco, y se respondió con calma :

— Ea bien, ése hombre va á galeras, es verdad, pero, ¡ qué diablos ! él ha robado ! Por más que yo me diga que no ha robado, ha robado ! Yo, permanezco aquí, continuo. Dentro de diez años habré ganado ya diez millones, que distribuyo en el país ; nada reservo para mí ; ¿ para qué lo necesito yo ? No es por mí por quien yo hago todo esto. La prosperidad de todos va en aumento, las industrias se animan y se estimulan, las manufacturas y las fundiciones se multiplican, las familias, cien familias, mil familias ! son dichosas ; la comarca se va poblando ; donde sólo habia granjas, nacen poblaciones ; donde nada habia, se improvisan granjas ; la miseria desaparece, y con la miseria desaparecen la incontinencia, la prostitucion, el robo, el homicidio, todos los vicios, todos los crímenes ! Y esa pobre madre criará, educará á su hija ! y hé aquí todo un país rico y honrado ¡ Ah ! ¿ pero es que yo estaba loco ? ¿ no era el mayor de los absurdos lo que decia de denunciarme ? En verdad, es preciso poner siempre una grande atencion, y no precipitar las cosas. Cómo ! porque se me habria puesto en la cabeza el hacer el magnánimo y el generoso ! — Y sobre todo, esto no pasa de ser puro melodrama ! — Porque yo no habré pensado sino en mí, en mí solamente, ¿ y para qué ? para salvar de un castigo tal vez algo exagerado, pero justo en el fondo, no se sabe á quién, á un ladron, un perillan, sin duda, será preciso que perezca todo un país ! será preciso que una pobre mujer vaya á morir al hospital ! que una pobre criaturita muera en medio de la calle, como un perro ! Ah ! pero esto es abominable ! Y sin que la madre haya vuelto á ver á su hija ! sin que la hija haya conocido apenas á su madre ! y todo por ese mísero viejo, ladron de manzanas que, de seguro, habrá merecido el presidio por otra cosa, si no es por esa ! Bellos escrúpulos que salvan á un

culpable y sacrifican á miles de inocentes; que salvan á un viejo vagabundo á quien sólo quedan al fin y al cabo algunos años de vida, y que no será más desgraciado en presidio que en su casucha, y sacrifican á todo un pueblo, abuelos, padres, madres y niños! Esta pobrecita Coseta que no tiene más que á mí en el mundo y que está sin duda en este momento amoratada de frío en el chiribitil de esos Thénardier! Hé aquí otros canallas! Y faltaria yo á mis deberes para con todas estas pobres gentes! É iría á delatarme! Y haria tan necio disparate! Pongámonos en lo peor. Supongamos que haya una mala accion para mí en esto, y que mi conciencia me la eche en cara algun día; aceptar, por el bien de los demas, estos reproches, que no se dirigen sino contra mí, esta mala accion que no compromete sino á mi alma, en esto es en lo que consiste precisamente la abnegacion, en esto estriba la virtud.

Se levantó, y volvió á pasear. Esta vez le parecia hallarse contento.

Los diamantes no se encuentran sino en las tinieblas de la tierra; las verdades tampoco se hallan sino en las profundidades del pensamiento. Parecíale que, despues de haber descendido á estas profundidades, despues de haber marchado largo tiempo á tientas por lo más oscuro de estas tinieblas, acababa por fin de hallar uno de esos diamantes, una de esas verdades, que la tenía como empuñada en sus manos; y se deslumbraba mirándola.

— Sí, dijo en su interior, esto es! ya estoy en el punto de la verdad y de la realidad. Tengo mi solucion. Es preciso acabar por atenerse á algo. Ya he tomado mi partido. ¡Dejemos obrar! No vacilemos ya, no retrocedamos. Esto está en el interes de todos, no en el mio. Soy Magdalena, y Magdalena continuaré siendo. ¡Desgraciado el que sea Juan Valjean! Yo ya no lo soy. No conozco á ese hombre, no sé nada de eso; si se halla álguien que sea á estas horas Juan Val-

jean, que se arregle él allá como pueda! Eso á mí no me importa. Es un nombre fatal que vaga y fluctúa en la noche; ei se detiene y cae sobre una cabeza, tanto peor para ella!

Se miró en el espejo que estaba sobre la chimenea, y dijo:

— ¡Toma! esto de adoptar así una resolucion me ha aliviado! Ahora ya soy otro hombre.

Dió algunos pasos más, y luego se detuvo:

— ¡Vamos! dijo, no hay que vacilar ante ninguna de las consecuencias de la resolucion adoptada. Todavía hay lazos que me ligan á ese Juan Valjean. ¡E- preciso romperlos! En este mismo cuarto hay ciertas cosas que me acucarian, objetos mudos que sin embargo serian testigos á mi cargo: está dicho, es menester que todo esto desaparezca.

Echó mano al bolsillo, sacó de él su cartera, la abrió y tomó en ella una llavecita.

Introdujo esta llave en una cerradura cuyo agujere apenas se veía, perdido y escondido cual se hallaba entre los colores más oscuros del papel que cubria las paredes de la habitacion. Abrióse un escondrijo; una especie de falsa alacena disfrazada entre el rincon de la pared y la campana de la chimenea. En aquel escondite no habia más que algunos harapos; una especie de anguarina de hilo azul, un pantalón viejo, una mochila usada y un garrote de acebuche ferrado en ambas puntas. Los que hubieran visto á Juan Valjean en la época en que atravesaba la ciudad de D., en Octubre de 1815, habrian reconocido fácilmente todas las prendas que constituian su miserable vestimenta.

Las habia conservado, lo mismo que los candeleros de plata, á fin de tener siempre en la memoria su procedencia, su punto de partida. Sólo que ocultaba todo esto que venia del presidio, y dejaba á la vista los candeleros que venian del obispo.

Dirigió una mirada furtiva hácia la puerta, como si te-

miera que se abriese á pesar del cerrojo con que la habia élasegurado; y despues, con un movimiento vivo y brusco, y una sola brazada, sin dirigir siquiera una postrera mirada á aquellas cosas que habia él guardado tantos años de una manera tan religiosa y tan peligrosa, lo cogió todo, trapos, baston y mochila, y lo arrojó al fuego.

En seguida volvió á cerrar la falsa alacena, y redoblando sus precauciones inútiles ya, puesto que quedaba vacía, escondió la puerta detras de un gran mueble que colocó en aquel sitio.

Al cabo de algunos segundos, el cuarto y la pared de enfrente se hallaron iluminados con un gran reflejo oscilante y rojizo. Todo ardia; el palo de acebuche crujía y arrojaba chispas hasta el medio de la habitacion.

La maleta, al consumirse con los trapos asquerosos que contenia, habia puesto al desnudo un objeto que brillaba en la ceniza. Acercándose un poco, habriase reconocido fácilmente que era una moneda de plata. Sin duda la de dos francos robada al saboyanito.

No miraba él siquiera á la lumbre, y marchaba sin cesar, yendo y viniendo sobre sus mismos pasos.

De repente fijáronse sus ojos en los dos candeleros de plata que el reflejo hacia brillar de una manera vaga sobre la chimenea.

— Bah! dijo para sí; todo Juan Valjean se halla aun en estos candeleros. Es preciso tambien destruirlos.

Tomó los dos candeleros.

Habia bastante fuego para que se los pudiera fundir haciéndoles perder la forma prontamente y obteniendo de ellos una especie de pastel ó barra desfigurada.

Se acercó á la chimenea y se calentó un instante, experimentando un verdadero gozo. — ¡Hermoso calor! dijo.

Agitó las brasas con uno de los dos candeleros.

Un minuto más, y ya estaban en la lumbre.

En este momento le pareció oír una voz que gritaba en su interior: — Juan Valjean ¡ Juan Valjean!

Sus cabellos se erizaron; hallándose como un hombre que escucha una cosa terrible:

— Sí, eso es, acaba! decia la voz. Completa tu obra! destruye tambien esos candeleros! aniquila ese recuerdo! olvida al obispo! arruina á Champmathieu, anda! está bien. Apláudete! Así, es cosa convenida, cosa resuelta, está dicho y estará hecho: hé ahí un hombre, hé ahí un anciano que ignora qué es lo que quieren de él, que tal vez no ha hecho nada, un inocente, cuya desgracia toda es ocasionada por tu nombre, sobre quien pesa tu nombre como un crimen, que va á ser juzgado en lugar tuyo, que va á ser condenado, que va á acabar sus dias en la abyeccion y en el horror! está muy bien. Entre tanto, tú hazte pasar por hombre de bien. Continúa siendo el señor alcalde; sé honorable y honrado; enriquece la ciudad, alimenta á los indigentes, educa á los huérfanos, vive dichoso, virtuoso y admirado; y mientras esto sucede, mientras que tú estarás aquién la alegría y en la luz, no faltará uno que lleve puesta tu casaca roja, que cargue con tu nombre en la ignominia y que arrastre en presidio tu cadena! ¡ Sí, esto está así muy bien arreglado! ¡ Ah! miserable!

La frente le chorreaba sudor. Fijaba sus ojos huraños en los candeleros. Sin embargo, la voz que hablaba en él no habia concluido aún; y continuó gritándole de esta manera:

— ¡ Juan Valjean! habrá en derredor tuyo muchas voces que harán un gran ruido, que hablarán muy alto, y que te bendecirán, y ¿nasola que nadie oirá y que te maldecirá en las tinieblas. ¡ Pues bien! escucha, infame! todas esas bendiciones volverán á caer ántes de llegar al cielo, y sólo la maldicion subirá hasta Dios.

Esta voz, al principio muy débil, y que se habia elevado desde el fondo más oscuro de su conciencia, se habia ido

haciendo por grados sonora y formidable, y ahora ya la oía el claramente hablarle al oído. Parecía que ella había salido de sí mismo y que ahora le hablaba fuera de él. Creyó oír las últimas palabras tan distintamente, que miró por el cuarto con una especie de terror.

— ¿Hay alguien aquí? preguntó en alta voz y como desvariando.

En seguida continuó diciendo con una risa que se asemejaba á la risa de un idiota:

— ¡Qué tonto soy! no puede haber aquí nadie.

Había alguien sin embargo; pero el que allí estaba no era de los seres que alcanza á ver la vista humana.

Colocó los candeleros sobre la chimenea.

Entónces volvió á emprender aquella marcha monótona y lúgubre que turlaba en sus sueños y que despertaba sobresaltado al hombre que dormía en el piso de abajo.

Aquellos paseos le aliviaban y le embriagaban al mismo tiempo. Diríase que á veces, en las ocasiones supremas, el hombre se mueve como para pedir consejo á todo cuanto puede encontrar en medio de su agitacion. Al cabo de algunos instantes, ya no sabía él á qué altura se hallaba.

Ahora retrocedía, con igual terror y espanto, ante las dos resoluciones que sucesivamente había tomado. Las dos ideas que le aconsejaban le parecían tan funestas una como otra. — ¡Qué fatalidad! ¡Qué encuentro el de aquel Champmathieu tomado por él! ¡Verse precipitado justamente por el mismo medio que la Providencia parecía primero haber empleado para asegurarle!

¡Hubo un momento en que consideró el porvenir. ¡Delatarse, gran Dios! ¡entregarse! Examinó con una desesperacion inmensa todo lo que tendría que abandonar, todo lo que debería recobrar. Conque sería preciso despedirse para siempre de aquella existencia tan buena, tan pura, tan radiante, renunciar al respeto de todos, al honor, á la liber-

tad! Ya no iría á pasearse al campo, ni oíría cantar las aves en el mes de Mayo, ni daría más limosnas á los niños! ¡No experimentaría ya las dulces miradas de reconocimiento y de amor fijadas en él! ¡Abandonaría aquella casa que había edificado! ¡aquel cuartito que habitaba! Todo le parecía bellissimo en este momento. No leería ya nunca en aquellos libros, ni escribiría en aquella mesita de madera blanca! La vieja portera, única criada que le asistía, ¿no le subiría ya nunca su café por las mañanas? ¡Gran Dios! y en lugar de todo esto, la chusma, la argolla, la chaqueta roja, la cadena al pié, la fatiga, el calabozo, la cama de campaña, todos aquellos horrores que le eran tan conocidos! Á su edad, y despues de haber sido lo que era! Aún si fuera jóven! Pero anciano, verse tuteado por todo el mundo, registrado por el guarda-chusma, y sufrir palos de manos de aquella gentualla! ¡Llevar los piés desnudos en unos zapatos gruesos, toscos y ferrados! Alargar su pierna por las noches á todas horas al martillo del rondador que visita la manilla! Sufrir la curiosidad de los extraños á quienes se diría: *Aquel es el famoso Juan Valjean, que ha sido alcalde en M.* ¡Y por la noche, empapado en sudor, abrumado de cansancio, con el gorro verde hasta los ojos, subir, en parejas y bajo el zurriago del sargento, la escala del presidio flotante! ¡Oh! ¡qué miseria! Es posible que el destino sea malvado como un sér inteligente, y se haga monstruoso como el corazón humano?

Y, por más que hacía, siempre volvía á caer sobre este cruel y punzante dilema que estaba en el fondo de su delirio: — Quedar en el paraíso, y convertirse aquí en demonio! Volverse al infierno y allí convertirse en ángel?

Qué hacer, gran Dios! qué hacer?

La tormenta de la cual había él salido con tanto trabajo volvió, pues, á desencadenarse y á rugir de nuevo en su interior. Sus ideas recomenzaron á confundirse, á mezclarse,

adquiriendo ese carácter estupefacto y maquinal que es propio de la desesperación. El nombre de Romainville le venía á la memoria sin cesar, con dos versos de una canción que había oído él en otro tiempo. Recordó que Romainville es un bosquecito que está junto á París, adonde suelen ir los jóvenes enamorados á coger lilas en la primavera.

Vacilaba en el exterior lo mismo que en su interior; andando por el aposento como un niño á quien dejan ir solo.

En ciertos momentos luchaba contra el cansancio, y hacía esfuerzos por recobrar su inteligencia; tratando de plantearse por última vez, y de una manera definitiva, el problema sobre el cual había él caído en desfallecimiento. ¿Conviene delatarse? ¿Conviene callarse?—No conseguía ver nada claro. Los vagos aspectos de todos los razonamientos bosquejados por su delirio temblaban y se disipaban uno en pos de otro como el humo. Sólo sentía que, en cualquier partido en que se fijara, necesariamente, y sin que hubiera medio de escapar, algo de él iba á morir; que, á derecha ó á izquierda, siempre entraba en un sepulcro: que habría de todos modos para él una agonía, la agonía de su honor, ó la agonía de su virtud.

¡ Ah! todas sus irresoluciones se habían vuelto á apoderar de él; no hallándose más adelantado ahora que al principio

Así luchaba entre mortales angustias aquella alma desgraciada. Diez y ocho siglos ántes que existiera este hombre infornado, el sér misterioso en quien se compendian todas las santidades y todos los sufrimientos de la humanidad, había él también, mientras que las olivas temblaban bajo el viento formidante del infinito, apartado largo tiempo con su mano el cáliz amargo que le aparecía destilando sombra y rehosando tinieblas en las profundidades sembradas de estrellas.

IV

FORMAS QUE TOMA EL SUPPLEMENTO DURANTE EL SUEÑO

Acababan de dar las tres de la mañana, y hacía ya cinco horas que paseaba así, casi sin interrupción, cuando se dejó caer sobre una silla.

Se durmió y empezó á soñar.

Como la mayor parte de los sueños este no se refería á la situación sino por no sé qué de funesto y punzante, pero le hizo grande impresión. De tal manera le impresionó esta pesadilla, que más adelante la escribió. Es uno de los manuscritos que ha dejado. Creemos deber copiar aquí textualmente este documento.

Sea como quiera este sueño, la historia de aquella noche quedaria incompleta si le omitiésemos. Es la aventura sombría de un alma enferma.

Hélo aquí. En el sobre hallamos escrita esta línea: *El sueño que tuve aquella noche.*

» Hallábame en un campo. Un campo vasto y triste, donde no había yerba. No me parecía que fuese de día ni de noche.

» Me paseaba allí con mi hermano, el hermano de mis años de infancia, aquel hermano en quien debo decir que no pienso nunca, y de quien casi no me acuerdo ya.

» Conversábamos, y encontrábamos algunos transeúntes. Hablábamos de una vecina que habíamos tenido en otro tiempo, y que, desde que habitaba un cuarto que daba á la calle, siempre trabajaba con la ventana abierta. Mientras que así conversábamos, teníamos frío, á causa de aquella ventana abierta.

» No había árboles en aquel campo.

» Vimos á un hombre que pasó junto á nosotros. Era un hombre enteramente desnudo, color de ceniza, que montaba un caballo color de tierra. El hombre no tenía cabello: veíasele el cráneo y unas venas sobre aquel cráneo. Tenía en la mano una varita flexible como un sarmiento de vid y pesada como el hierro. Aquel jinete pasó y no nos habló nada.

» Mi hermano me dijo: — Tomemos el camino hondo.

» Había un camino hondo, donde no se veía ni una planta ni una hebra de musgo. Todo, hasta el cielo, tenía allí color de tierra. Después de haber dado algunos pasos, ya nadie me respondía cuando yo hablaba. Noté que mi hermano no iba ya conmigo. Había desaparecido.

» Entré en un pueblo que vi. Pensé que debía ser Romainville (¿por qué Romainville?).

» La primera calle en que penetré estaba desierta. Entré en una segunda calle. Detrás de la esquina que hacían las dos calles se hallaba un hombre de pié y apoyado contra la pared. Pregunté á este hombre: — ¿Qué país es este?

¹ Este paréntesis es de la mano de Juan Valjean.

» ¿En dónde me hallo? El hombre no me respondió. Vi abierta la puerta de una casa, y entré en ella.

» La primera pieza estaba desierta. Entré en la segunda.

» Detrás de la puerta de esta habitación, había un hombre de pié y apoyado contra la pared. Dije á este hombre: — ¿De quién es esta casa? ¿En dónde me encuentro? El hombre guardó silencio. La casa tenía un jardín.

» Salí de la casa y entré en el jardín. El jardín estaba desierto. Detrás del primer árbol hallé á un hombre que estaba de pié. Pregunté á este hombre: — ¿Qué jardín es este? ¿En dónde estoy? Nada respondió el hombre.

» Divagué errante por el pueblo, y me apercibí de que era una ciudad. Todas las calles estaban desiertas, todas las puertas estaban abiertas. Ningun sér viviente pasaba por las calles, ni andaba por las habitaciones, ni paseaba en los jardines. Pero había detrás de cada esquina, detrás de cada puerta, detrás de cada árbol, un hombre de pié y que callaba á las preguntas que se le dirigían. Nunca se veía sino uno á la vez. Estos hombres me miraban pasar.

» Salí de la ciudad y eché á andar por los campos.

» Al cabo de algun tiempo, volví la vista atrás, y ví una muchedumbre que venía en mi seguimiento. Reconocí á todos los hombres á quienes había visto en la ciudad. Tenían unas cabezas extrañas. Parecía que no se daban prisa, y sin embargo andaban con más velocidad que yo. No hacían ningun ruido al andar. En un instante me alcanzó aquella muchedumbre y me rodeó. Las caras de aquellos hombres eran de color de tierra.

» Entonces el primero á quien yo había visto y cuestionado al entrar en la ciudad me dijo: — ¿Adónde va usted? ¿Es que no sabe que está usted muerto hace mucho tiempo?

» Abri la boca para responder, y me apercibí de que no había nadie en mi presencia. »

Despertó, y estaba helado. Un viento frío como el viento de la mañana, hacía mover en sus goznes las ventanas que habían quedado abiertas. La lumbre estaba apagada. La bujía tocaba á su fin. Aún era noche oscura.

Se levantó y se dirigió á la ventana. El cielo continuaba siempre sin estrellas.

Desde su ventana, veíase el patio de la casa y la calle. Un ruido seco y duro que se dejó oír de repente en el suelo le hizo bajar los ojos.

Vió debajo de él dos estrellas rojas cuyos rayos se alargaban y se acortaban de un modo raro en la sombra.

Como su pensamiento se hallaba aún medio sumergido en la bruma de los sueños : — ¡Vaya! dijo para sí, no las hay en el cielo. Ahora están en la tierra.

Disipóse sin embargo esta turbación ; un segundo ruido igual al primero acabó de despertarle ; miró, y reconoció que aquellas dos estrellas eran los faroles de un carruaje. Á la claridad que ellos daban, pudo distinguir la forma de aquel carruaje. Era un tilbury al cual estaba enganchada una jaquita blanca. El ruido que él había oído eran las patadas del caballo en el empedrado.

— ¿Qué viene á ser este carruaje? se preguntó. ¿Cómo es que viene aquí tan temprano?

En este momento dieron un golpecito á la puerta de su cuarto.

Estremecióse de pies á cabeza, y gritó con voz terrible :

— ¿Quién está ahí?

Una voz respondió :

— Soy yo, señor alcalde.

Reconoció la voz de la anciana, su portera.

— Ea bien, dijo, ¿y qué hay?

— Señor alcalde, van á dar ya las cinco de la mañana.

— ¿Y qué tengo yo con que sean las cinco de la mañana?

— Señor alcalde, es el cabriolé.

— ¿Qué cabriolé?

— El tilbury

— ¿Qué tilbury?

— ¿Es que el señor alcalde no ha hecho pedir un tilbury?

— No, respondió.

— El cochero dice que viene á buscar al señor alcalde.

— ¿Qué cochero?

— El cochero del señor Scaufflaire.

— ¡Scaufflaire!

Este nombre le hizo estremecer como un relámpago que le hubiera pasado por la cara.

— ¡Ah! sí, dijo entónces, el señor Scaufflaire!

Si la anciana hubiera podido verle en aquel momento, se habria asustado.

Pasó un largo rato en silencio. Examinaba con ademán estúpido la llama de la vela, y tomaba al rededor de la mecha cera derretida que estrujaba y amasaba entre sus dedos. La vieja entre tanto estaba esperando. Por último se aventuró aún á levantar la voz diciéndole :

-- ¿Señor alcalde, qué deberé responderle?

— Dígale usted que está bien, que ya voy á bajar.

V

CUBOS EN LAS RUEDAS

En aquella época se hacía aún el servicio postal de Arras á M. por medio de las malas pequeñas establecidas en tiempo del imperio. Eran estas malas unos cabriolés de dos ruedas forrados por dentro de cuero color leonado, suspendidos sobre resortes, y sin tener más que dos asientos, uno para el correo, y el otro para un viajero. Las ruedas iban armadas con esos largos cubos ofensivos que mantienen á distancia á los demás carruajes y que aún se ven en los caminos de Alemania. La balija de la correspondencia, inmensa caja oblonga, iba colocada detras del cabriolé, formando cuerpo con él. Esta balija estaba pintada de negro y el cabriolé de amarillo.

Estos coches, con los cuales no puede compararse hoy ninguno, tenían no sé qué de disforme y corcovado, y al verlos pasar de lejos arrastrando por algun camino en el

horizonte, se asemejaban á esos insectos que creo suelen llamar termes, los cuales conducen como un enorme capazon posterior sobre su estrecha cintura. Por lo demas, iban muy de prisa. La mala que salía de Arras todas las noches á la una, después que pasaba el correo de París, llegaba á M. un poco ántes de las cinco de la mañana.

Aquella noche, la mala que descendía á M. por la ruta de Hesdin se enganchó al revolver una esquina, en el momento en que entraba en la villa, con un pequeño tilbury tirado por una hacanea blanca, que venía en sentido opuesto, y en el cual no habia sino una sola persona, un hombre muy envuelto en un capote. La rueda del tilbury recibió un choque bastante fuerte. El correo gritó á aquel hombre que se detuviera, pero el viajero no le escuchó, prosiguiendo su camino á gran trote.

— ¡Allá va uno que lleva prisa como un diablo! dijo el postillon.

El hombre que así se apresuraba á marchar, era el mismo á quien acabamos de ver luchando entre convulsiones dignas seguramente de conmiseracion.

¿Adónde iba? Él mismo no habria podido decirlo. ¿Por qué se daba tanta prisa? Lo ignoraba. Iba á la ventura en busca... de sí mismo. ¿Adónde? Á Arras sin duda; pero tal vez iba tambien á otra parte. En ciertos momentos, se apercibia él de ello y temblaba. Sumergíase en aquella oscuridad como en una caverna. Algo le empujaba, algo le atraía. Nadie podria decir lo que en él pasaba. Esto lo comprenderá todo el mundo. ¿Qué hombre no ha entrado, á lo ménos una vez en su vida, en esa oscura caverna de lo desconocido?

Por lo demas, él no habia resuelto, ni decidido, ni acordado, ni hecho nada. Ninguno de los actos de su conciencia habia sido definitivo. Hallábase más que nunca como en el primer instante de su crisis

¿Por qué iba á Arras?

Repetíase lo que se había dicho ya al retener el cabriolé de Scaufflaire, — que, cualquiera que debiera ser el resultado, no había ningún inconveniente en ver, con sus propios ojos, y en juzgar las cosas por sí mismo; — que, además, esto era prudente, que era menester saber lo que pasaba; — que nada podía decidirse sin haber observado y examinado; — que, de lejos, de cualquier cosa se hace una montaña; — que, en resumidas cuentas, cuando él hubiera visto á aquel Champmathieu, algún miserable, su conciencia se hallaría probablemente muy aliviada de dejarle ir á presidio en su lugar; — que á la verdad se hallarían allí Javert y aquel Brevet, aquel Chenildieu, y aquel Cocheville, antiguos presidiarios que le habían conocido; pero que, de seguro, no le reconocerían ya; — ¡vaya qué idea! — Que Javert estaba á cien leguas de ella; — que todas las conjeturas y todas las suposiciones se hallaban fijadas en aquel Champmathieu, y que no hay cosa tan obstinada como las suposiciones y las conjeturas; — que, por consiguiente, no había el menor peligro.

Que sin duda era aquel un momento crítico para él, pero que al fin le atravesaría en salvo; — que, á pesar de todo, él tenía siempre en sus manos su destino, por más malo que este fuera, que él era siempre el dueño. Y se asía á este pensamiento.

Para decirlo todo, en el fondo, habría él preferido no ir á Arras.

Sin embargo, iba.

Mientras que así cavilaba, daba de latigazos al caballo, el cual trotaba, con ese buen trote acompasado y seguro que hace dos leguas y media por hora.

Á medida que el cabriolé avanzaba, sentía él algo en sí que le resistía y le incitaba á retroceder.

Al amanecer, hallábase en campo raso; la ciudad de

M. estaba ya bastante lejos de él. Miró blanquear el horizonte, y también miró pasar ante sus ojos, sin verlas, todas las figuras glaciales de una aurora de invierno. Como la noche, también la mañana tiene sus espectros. Él no los veía, pero sin apercibirse de ello, y por una especie de penetración casi física, las negras sombras de los árboles y de las colinas añadían al estado violento de su alma un no sé qué de triste y siniestro.

Cada vez que pasaba por delante de una de esas casas aisladas que á veces flanquean los caminos, decía para sí: ¡Y sin embargo, allí dentro hay gentes que duermen!

El trote de caballo, los cascabeles del arnés, las ruedas deslizándose por la calzada, hacían un ruido suave y monótono. Todas estas cosas son deliciosas cuando uno está alegre, y lúgubres cuando está triste.

Era ya muy de día cuando llegó á Hesdin. Detúvose ante una posada para que el caballo tomase algún respiro y hacer que le diesen un poco de avena.

Según había dicho Scaufflaire, el caballo pertenecía á esa raza diminuta del Boulonnais que tiene demasiada cabeza, demasiado vientre, de cuello corto, pero de pecho abierto, de ancha grupa, pierna enjuta y pié sólido; raza fea, pero sana y robusta. Cinco leguas había hecho en dos horas la excelente bestia, sin que se dejara ver ni una gota de sudor en sus ijares.

Él no bajó del tilbury. El mozo de la caballeriza que trajo la avena se agachó de improviso y se puso á examinar la rueda de la izquierda.

— ¿Va usted muy lejos de esta manera? preguntó aquel hombre.

Él le replicó casi sin abandonar su delirio:

¿Por qué?

¿Viene usted de muy lejos? volvió á preguntar el mozo.

— De cinco leguas de aquí.

— ¡ Ah !

— ¿ Por qué dice usted : Ah !

El mozo se inclinó de nuevo, guardó silencio unos instantes, con los ojos fijos en la rueda, y despues se enderezó diciendo .

— Es que hay aquí una rueda que es posible haya hecho cinco leguas, pero que de seguro no hará ahora un cuarto de legua más.

Al oír esto, saltó del tilbury.

— ¿ Qué está usted diciendo, amigo mio ?

— Digo que es un milagro que haya usted hecho cinco leguas sin ir rodando, usted y su caballo, en algun foso de la gran carretera. Mire usted aquí si no.

Con efecto, la rueda se hallaba gravemente deteriorada. El choque del carruaje de la mala habia hendido dos rayos y lastimado el cubo cuya tuerca no podia ya sostenerse.

— ¿ Amiguíto, dijo al mozo de la posada, hay por aquí un constructor de carruajes ?

— Sin duda, caballero .

— Hágame el favor de ir á buscarle.

— Está ahí á dos pasos. ¡ Hé ! ¡ maese Bourgaillard !

Maese Bourgaillard, el carpintero, se hallaba en el umbral de su puerta. Vino á examinar la rueda é hizo el gesto de un cirujano que ve una pierna rota.

— ¿ Podrá usted componerme esta rueda inmediatamente ?

— Sí, señor.

— ¿ Cuando podré continuar mi viaje ?

— Mañana.

— ¡ Mañana !

— Hay un día, largo, de trabajo. ¿ Es que tiene usted mucha prisa ?

— Muchísima. Es menester que me vuelva á marchar dentro de una hora, á lo más.

— Imposible, caballero.

— Pagaré todo cuanto sea necesario...

— Imposible.

— ¡ Pues bien ! dentro de dos horas.

— Imposible para hoy. Hay que hacer nuevos dos rayos y un cubo. No podrá usted salir ántes de mañana.

— El asunto que á mí me obliga á marchar no puede esperar á mañana. Y si, en lugar de componer esta rueda, se la reemplazase con otra ?

— ¿ Y cómo reemplazarla ?

— ¿ Usted es constructor de carruajes ?

— Sin duda, caballero.

— ¿ Es que no tendria usted una rueda que venderme Así podria yo marcharme en seguida.

— ¿ Una rueda de repuesto ?

— Sí.

— Yo no tengo una rueda hecha para su cabriolé de usted. Dos ruedas hacen el par. Pero no se hallan iguales á la ventura.

— En ese caso, véndame usted un par de ruedas.

— Caballero, todas las ruedas no se acomodan á todos los ejes.

— En todo caso, ensáyelas usted.

— Es inútil, caballero. Yo no tengo de venta sino ruedas de carreta. Aquí somos un país pequeño.

— ¿ Tendria usted un cabriolé que alquilarme ?

El maestro carretero, desde la primera ojeada, habia conocido que el tilbury era un carruaje de alquiler. Y se encogió de hombros.

— ¡ Ya veo cómo usted trata los cabrióles que le alquilan ! Aún cuando yo tuviera uno, no se le alquilaria.

— Ea bien, ¿ y para vendérmele ?